

Asesinato en el kibbutz

Un caso comunitario

Para Amos

Junto a la entrada del kibbutz, en una explanada, habían apilado grandes balas de heno formando un inmenso muro dorado. Los espacios libres entre las balas estaban llenos de apretados ramos de flores. Alguien había puesto gran interés en que diera la impresión de que las flores habían brotado allí por generación espontánea. Bandas azules de un cielo despejado asomaban por algunas grietas del muro. Aarón sonrió al imaginar la batalla que habría librado Srulke por cada una de aquellas flores. La petición de aquel tributo floral le habría hecho encorvarse, torcer el gesto y fruncir los labios en su rostro atezado y surcado de arrugas, queriendo disimular su amor propio a la vez que manifestaba su oposición al despilfarro. ¿Quién habría sido la encargada de extraerle el tributo en esta ocasión?, pensaba Aarón. En otros tiempos siempre se lo encomendaban a Esti, pero después de haberla visto hoy en el comedor, anquilosada y marchita, y de recordar con amargura la delicada silueta y la encantadora gracia con que antaño conseguía engatusar a Srulke, Aarón supo que esta vez no la habrían enviado a ella. Cada pocos años cambiaban de emisaria, pero siempre había de ser alguien que arrancara a Srulke el mismo comentario: «Es una muchacha dulce y refinada, nada que ver con las *sabras*¹», dicho lo cual cortarían las flores que le había pedido.

Aarón vio el esplendor de las grandes rosas, distinguió el amarillo y el rojo de las gerberas, el púrpura de los dragones, el modesto blanco de las margaritas, pero, como siempre, el marrón de

¹ Literalmente, «higo chumbo»; se emplea para designar a los judíos israelíes nacidos en Israel y distinguirlos de los inmigrantes. (*N. de la T.*)

la tierra polvorienta, aún más acentuado por el tono dorado del heno, se imponía sobre el colorido de las flores. Al percibir de pronto el cambio de las estaciones en las flores y sus colores, Aarón sintió por un instante el inusitado placer de encontrarse consigo mismo. Hubo un momento en que vio las cosas tal como eran, y tuvo la sensación de que la mejor parte de sí mismo, esa que a veces se olvidaba de precauciones y cálculos, de medir todas y cada una de sus palabras, la parte de sí mismo que incluso podía ser poética, había cobrado vida.

Moish ya estaba junto al micrófono, sobre la tarima que habían levantado ante el muro de heno, observando cómo se iba congregando la multitud. En un rincón alejado de la explanada se veía a los grupos portadores de los primeros frutos del año. El coro del kibbutz, cuatro hombres y tres mujeres de blanco y azul, se había situado junto a otro micrófono, partituras en mano. Todo el kibbutz estaba presente. La gente había comenzado a afluir poco antes del momento señalado para la ceremonia, después del rato reservado para tomar café y tartas confeccionadas para la ocasión. A la hora de comer, Aarón había oído a Matilda quejarse con su voz plañidera de que no quedaba ni un solo paquete de margarina en el gran refrigerador del comedor, y, a lo largo de la tarde, un aroma a tartas de queso comenzó a desprenderse de todas las «habitaciones», como todavía llamaban a las casitas de los miembros del kibbutz. La misma Matilda no pudo sino reconocer que estaba satisfecha de que las jóvenes cabezas de chorlito hubiesen usado su recetario para preparar las tartas de la fiesta, y así se lo oyó comentar Aarón al pasar de largo ante su habitación.

Junto al depósito de agua se iban congregando poco a poco los miembros del kibbutz y sus hijos, así como numerosos invitados fácilmente reconocibles por su elegante ropa, de todo punto inadecuada para sentarse en la tierra reseca en la que cada pisada levantaba una polvareda. El polvo se pegaba a todo. Ese polvo que Aarón seguiría sintiendo en la nariz durante muchas horas y que le traía a la memoria los tiempos en que, al regresar de sus paseos veraniegos por el campo, no conseguía desprenderse el olor a polvo ni aun duchándose. Posó la mirada en las máquinas agrícolas aparcadas en las lindes de la explanada. Había niños trepando por las grandes cadenas de un D6, un tractor de color amarillo decorado con geranios rojos y rosas, y padres que levantaban a sus peque-

ñuelos en brazos para que tocaran la cosechadora de algodón. Cual enorme criatura somnolienta, la cosechadora encabezaba la hilera de vehículos coronada con guirnaldas de zinnias amarillas, rosas y moradas, semejantes a las flores que dibujan diligentemente los niños en la guardería y luego colorean muy serios, pétalo por pétalo. Aarón observó que también estaban allí los tractores de la vieja generación... dos grandes John Deere verdes con las ruedas lustrosas y decoradas con rosas gigantes de color amarillo, de la variedad preferida de Srulke.

La multitud no se calmó ni aun cuando Moish entonó por el micrófono: «Un, dos, tres, probando». Sólo cuando el pequeño coro rompió a cantar con ímpetu creciente «con cestas en los hombros y guirnaldas en la cabeza», comenzaron los padres a aquietar a sus hijos y las ancianas de la primera fila a chistar con ánimo alegre, sin asomo de reproche.

Desde uno de los flancos, Aarón observaba los semblantes arrugados de aquellas mujeres, su cabello ralo y fino, sus vestidos floreados que parecían cortados con el propósito deliberado de disimular el contorno de sus cuerpos, y también a los ancianos que se habían acomodado en el suelo, junto a las mujeres, cansados de estar de pie. Allí estaba Zeev HaCohen, cuyo cuerpo espigado parecía encogido por la edad; con su mata de pelo blanco, y a pesar de su increíble delgadez, seguía teniendo un aspecto imponente. Como siempre que veía a HaCohen, Aarón volvió a oír como en un eco la voz de Srulke llamándolo airadamente «ese politicastro» mientras enjabonaba enérgicamente una taza de café. Era una imagen de muchos años atrás: Srulke junto a la pila, vistiendo una camiseta gris, y Miriam sentada a la mesa, que estaba cubierta por un hule de esquinas tiesas, grasiento al tacto y con un dibujo de flores marrones sobre fondo beige. «No deberías hablar así de él», le había reprendido Miriam en tono inquieto y suplicante, y Aarón recordaba el súbito silencio que se hizo cuando descubrieron que él estaba en el umbral.

Ahora, Zeev HaCohen estaba sentado a los pies de Matilda, la encargada de cocinas y del supermercado del kibbutz; junto a HaCohen, había tomado asiento un niño que se entretenía jugueteando con la hebilla de su bíblica sandalia marrón. Sería uno de sus nietos, el retoño de uno de los hijos que le había dado sólo Dios sabe cuál de sus mujeres, pensó Aarón, recordando vagamente lo que había oído comentar a Moish sobre la compleja vida familiar

del intelectual y filósofo de mayor renombre del kibbutz y de otros kibbutzim del mismo estilo.

—¿Cuántos años tiene ya? —le había preguntado Aarón a Moish cuando llegaron juntos al lugar de la celebración.

—No lo sé muy bien —respondió Moish distraídamente mientras bajaba de sus hombros a su hijo pequeño para dirigirse a la tarima—. Setenta y cinco, tal vez. No, más de setenta y cinco, seguro.

El kibbutz ya contaba con cincuenta años de vida. Medio siglo había transcurrido desde que los miembros fundadores se instalaran en aquellas tierras. No era el kibbutz más antiguo de Israel, pero no se podía dudar que estaba sólidamente establecido. Aquel día reinaba un ambiente festivo, mas, al propio tiempo, era evidente que nadie se estaba tomando la celebración demasiado en serio. Los únicos a quienes se veía emocionados eran los niños, pero se los habían llevado hacia la hilera de maquinaria agrícola y ninguno estaba prestando atención a lo que sucedía en la tarima ni a los cánticos del coro. Y, excepción hecha de los miembros del coro, nadie vestía de azul y blanco. Ni siquiera los niños de la guardería, advirtió Aarón con una sombra de desengaño que le hizo sonreír, y no había ni rastro de la bandera nacional. Una cosa más sobre la que habría de interrogar a Srulke. Recordó la nostalgia que antaño solía embargar su ánimo en los días de fiesta y la emoción con que aguardaba, muy especialmente, la fiesta de las Semanas o Shavuot, la sensación muy real y auténtica de estar participando en acontecimientos importantes que le dominaba en aquellos tiempos.

No lograba desprenderse de la impresión de que bastaría retirar las banderas azules y blancas del tractor de oruga para que la ceremonia cobrase un aire arcaico y extranjerizante, como si estuviera celebrándose en una granja colectiva de la Unión Soviética. Y, sin embargo, reflexionó mordisqueando una pajita, parecía que el tiempo se hubiera detenido, era como si estuviera viendo un documental sobre los inicios del sionismo. Pero aquella ceremonia agrícola se había convertido en una farsa en un lugar donde la agricultura prácticamente estaba en bancarrota; aquel kibbutz, o comunidad agrícola sionista, obtenía sus ingresos de una fábrica que producía cosméticos, ni más ni menos, y había dado su nombre a una marca internacional de crema facial que eliminaba las arrugas y rejuvenecía las células dérmicas, anunciada en los periódicos con un par de fotografías de la misma mujer «antes» y «des-

pués». Nadie más daba muestras de advertir el absurdo de un rito agrícola allí donde sólo era posible seguir trabajando la tierra gracias a la producción y venta de una crema facial. Tal vez ése era el motivo de la ausencia de Srulke. Cuando Aarón lo estuvo buscando en vano en el comedor para saludarlo, Moish le había asegurado que asistiría a la ceremonia, «aunque sólo sea para inspeccionar lo que han hecho con sus flores», había añadido con una sonrisa.

Mientras miraba en torno suyo con el supuesto propósito de descubrir a Srulke y con el deseo secreto de avistar a Osnat, Aarón llegó a la conclusión de que al menos un sector de la economía del kibbutz estaba en pleno apogeo: había tantísimos niños que a un forastero bien se le podría haber excusado que se preguntara de dónde sacarían tiempo para dedicarse a otras cosas. Los frutos de aquella intensa actividad reproductora correteaban por todas partes y la aparente satisfacción y alegría de las familias numerosas le inspiraron vagos anhelos. Pero su otra voz se apresuró a reprimirlos. El diablillo que llevaba dentro se burló de aquel deseo suyo de pertenencia, y su vena escéptica, muy acentuada con el paso de los años, se hizo dueña de la situación y evocó la imagen de un rebaño de plácidas vacas holandesas, echando a perder sin remedio su ánimo festivo. Para ahuyentar la sensación de que aquella calma era de algún modo entontecedora, rememoró la ira que solía dominarle en otros tiempos y que hoy había vuelto a asaltarle mientras se dirigía al comedor con Moish a la hora del almuerzo.

La distancia entre el comedor y la habitación de Moish era escasa, pero tardaron siglos en recorrerla al tener que ir saludando a todas las personas con quienes se cruzaban y a las que Moish retenía para recordarles una pequeña tarea tras otra; luego hicieron un alto en las casas de los niños para ver si se había reparado un grifo que goteaba y si habían cambiado la arena del arenero de la guardería; a continuación se detuvieron en la secretaría con objeto de averiguar si se había recibido una llamada que estaban esperando, y después de que Moish estudiara los avisos del tablón de anuncios, recogiera el periódico de su casillero, leyera las notas que allí le habían dejado y cogiera el teléfono que sonaba en el gran vestíbulo de la planta baja del edificio del comedor, después de todo eso, al fin subieron al comedor, situado en la planta de arriba.

Moish se entretuvo en la puerta observando la escena y trans-

currió una eternidad hasta que cogió una bandeja. Tanta despa-ciosidad e indolencia acabaron por cansar e impacientar a Aarón, que lo esperaba junto a los carritos de las bandejas. Aarón llegó a la conclusión de que, desde el momento en que ponías el pie en el comedor, tus reservas de oxígeno descendían y tu productividad declinaba; aquella calma flemática, aquella lentitud, eran como para volver loco a cualquiera. Se refugió en un juego de adivinan-zas: quién era quién y de quién era hijo cada cual. Logró identifi-car a las personas de tres o cuatro generaciones reunidas en grupi-tos, los niños pequeños cabalgando a hombros de sus padres. No supo distinguir a los nacidos en el kibbutz de los adheridos me-diante matrimonios, pero un simple vistazo le bastó para saber quiénes estaban allí en calidad de invitados, como él mismo.

Ahora la ceremonia al fin daba comienzo. Aarón aún no había visto a Osnat, pero no se atrevía a buscarla abiertamente. Los pri-meros en subir a la tarima fueron los trabajadores del huerto de frutales y hortalizas. Dos niños y dos hombres vestidos de azul os-curo depositaron junto al muro de heno un par de grandes cestos llenos de ofrendas y se situaron al lado del micrófono. En una bre-ve alocución sobre la cosecha de aquel año, mencionaron frutas tan exóticas como los mangos, los aguacates y los kiwis, e incluso los caimitos y las piñas, pero nada se dijo de uvas o albaricoques. Aarón volvió a sentirse traicionado. Los desbordantes cestos pare-cían recién sacados del escaparate de una elegante frutería de la calle Ben Yehuda de Tel Aviv o de un centro de mesa de una habi-tación de hotel. «¿Qué sentido tiene presentar así este tipo de fru-tas?», se preguntó pensando en lo anacrónicos que resultaban aquellos cestos, muy similares a los de los carteles en que se repre-sentaba a los antiguos pioneros.

Luego les llegó el turno a los cultivadores de algodón y, a conti-nuación, a los trabajadores del taller de costura y de la fábrica de ropa, «vestidos con nuestros últimos modelos», anunció Moish se-ñalando a Fania, la anciana directora del taller de costura, que se había situado a cierta distancia del micrófono. Los trabajadores de los campos subieron después a la tarima, seguidos de los jardine-ros. Srulke no estaba entre éstos y una vez más Aarón caviló sobre su paradero, ya que, pese a su avanzada edad, nadie había osado poner en entredicho su prestigiosa posición de padre de la horticul-tura del kibbutz. Pero Aarón no tardó en desechar esas cavilaciones ante la visión de un gran cesto lleno de tarros de crema facial; suje-

tando en alto uno de ellos, presentado dentro de una caja de plástico transparente decorada con una cinta dorada, Moish anunció: «¡Rocío eterno!». Tal era el nombre poco inspirado de la crema facial que había reportado al kibbutz beneficios de centenares de miles de dólares en los últimos años. Un dibujo del cactus con el que se confeccionaba la crema adornaba el cesto, y Aarón observó divertido aquella planta de grueso tallo y aspecto anodino y vulgar.

Antes de que los grandes tractores comenzaran a rodar en formación, los niños encargados de cuidar a los animales de la pequeña granja desfilaron ante la concurrencia escoltando a un potrillo pardo y a un burrito de un mes que lucía una guirnalda de geranios. Una niña con un vestido blanco llevaba sobre el hombro un sedoso conejo blanco y una parejita de niños transportaba un pollo en una cesta.

Cerraban el desfile once mujeres que marchaban ante el muro de heno llevando en brazos a los niños nacidos aquel año mientras el público aplaudía una vez más, mecánicamente, sin que el ruido de fondo se acallara. A continuación se pusieron en marcha las máquinas agrícolas y, mientras avanzaban lentamente, varias muchachas esparcían desde los engalanados vehículos confeti y estrellitas plateadas.

Hacía calor, pero no bochorno; era el típico calor seco del norte del Néguev. Bajo un sol que aún parecía próximo a su cenit pese a que ya eran las seis de la tarde, los niños correteaban muy animados entre la polvareda levantada por las grandes máquinas. Todo el mundo se puso en pie para recular, cogiendo a los pequeños de la mano para que no se acercaran demasiado. Los hijos de los encargados agrícolas iban sentados en las cabinas junto a sus padres. Un adolescente de pecho desnudo y bronceado conducía la gran cosechadora con gesto inexpresivo, casi indiferente, como ajeno a la impresión que estaba causando en los niños y las adolescentes del kibbutz, algunas de las cuales vestían trajes blancos que realizaban su lozanía y belleza.

«Nuestros graneros desbordan de trigo, nuestras cubas rebosan de vino. Nuestros hogares están llenos de niños», cantaba el coro, y Aarón pensó que nunca se habían pronunciado esas palabras con mayor motivo. Los signos de la abundancia se veían por doquier. Nada dejaba entrever las dificultades económicas que atravesaba el movimiento de kibbutzim y que en los últimos tiempos habían saltado a los titulares de la prensa y habían sido obje-

to de debate tanto en la Knéset² como en la Comisión de Educación. Tan elevados eran los beneficios de la fábrica de cosméticos, le había explicado Moish de camino a la ceremonia, que bastaban para financiarlo todo, e incluso para ayudar a otros kibbutzim agobiados por las deudas. Los miembros de este kibbutz todavía se podían permitir viajes al extranjero, y la propuesta de establecer casas unifamiliares donde los niños durmieran con sus padres, en lugar de en las tradicionales casas infantiles, no había sido rechazada por problemas presupuestarios sino por decisión del Kibbutz Artzi, el consejo nacional de la rama más tradicional del movimiento de kibbutzim, a la que ellos pertenecían.

Mientras pasaba la vista sobre la multitud tratando de distinguir a Osnat, Aarón vio a Dvorka, sombreándose los ojos con la mano no muy lejos de él. Tenía cogido de la mano a un niño de unos cinco años. Aarón comprendió, sobresaltado, que debía de ser el hijo de Osnat, el menor de los nietos de Dvorka. Aun desde lejos pudo apreciar que Dvorka estaba más encorvada que antes. «Ya debe de haber pasado de los setenta», le había comentado a Moish durante la comida; y Moish asintió sonriendo: «Tiene setenta y dos años. Pero sigue siendo una apisonadora. Tendrías que oírla en la *sijá*³. La misma voz, la misma energía. Es un auténtico monstruo».

Desde la última visita de Aarón al kibbutz habían pasado casi ocho años. Y también esta vez había aceptado la invitación a la doble celebración de Shavuot y del cincuentenario del kibbutz pensando en Osnat. Hacía años que no la veía. Trató de calcular con exactitud cuántos, preguntándose si su hijo Arnon ya habría nacido en aquel entonces y recordando vagamente que Dafna todavía estaba embarazada. Aun después de haberse convertido en una figura pública, aun después de haber sido nombrado parlamentario, la inquietud seguía apoderándose de él cada vez que pensaba en el kibbutz. En sus referencias autobiográficas solía mencionar que en otros tiempos había pertenecido a un kibbutz, y algunos periódicos habían sacado mucha tajada del hecho de que lo hubieran acogido en un kibbutz del que se marcharía al terminar sus estudios. Alguien había llegado a decir sin rodeos que

²Parlamento unicameral de Israel. (*N. de la T.*)

³Debate; plural: *sijot*. Término utilizado en los kibbutzim del Kibbutz Artzi para designar las asambleas generales que se celebran semanalmente con objeto de debatir todos los asuntos de interés común y votar las decisiones.

Aarón había cursado sus estudios a expensas del kibbutz para luego abandonarlo. «Uno de los grandes desengaños del movimiento de kibbutzim», lo había llamado en cierta ocasión un periodista en un artículo donde ofrecía una explicación psicológica de «la indignada oposición del parlamentario Meroz a la propuesta de aliviar las deudas que pesan sobre el movimiento de kibbutzim».

El miedo a sentirse incómodo y la sensación opresiva que se abatía sobre él cada vez que pasaba de largo ante la entrada del kibbutz lo disuadían de visitarlo. Cada vez se le hacía más difícil ir allí, «en lugar de al contrario», había pensado aquella mañana mientras se dirigía al kibbutz y trataba de sacudirse el abatimiento que iba apoderándose de él. Moish le había dicho por teléfono: «Ten corazón, cincuenta años, no es algo que suceda todos los días... ¿no puedes hacer un esfuerzo?». En realidad no había nada que le impidiera ir al kibbutz. Incluso podría haber hecho de la ocasión una visita oficial, un ejercicio de relaciones públicas; mas, por algún motivo, presumiblemente relacionado con Osnat, pensaba ahora mientras volvía a mirar en derredor con la esperanza de verla, había preferido visitarlo a título personal y no había comunicado a nadie adónde iba salvo a su hija, y eso especificando que «tal vez iría». Había concertado una cita con el director del Departamento de Educación del Ayuntamiento de Asquelón a primera hora de la mañana y, una vez despachado ese asunto, sin llegar a tomar una decisión consciente («lo intentaré, pero no te prometo nada; ya sabes cómo son estas cosas», le había dicho a Moish por teléfono), había girado bruscamente el volante en el último minuto cuando pasaba en coche ante el kibbutz.

Esta vez traspasó la entrada sintiéndose como el héroe conquistador que retorna a su antiguo hogar. La última vez que había estado allí ya era un abogado de éxito, pero su fama aún no había llegado al kibbutz; ahora ni siquiera ellos podrían desdeñar su tarjeta de visita. Pero el malestar y la angustia de siempre seguían agobiándole a pesar de ese sentimiento de triunfo. Quería librarse de las imágenes desagradables del pasado, de los sentimientos de pesadumbre, de soledad, de vergüenza. Sobre todo de vergüenza. Pero las imágenes aparecían vivaces ante sus ojos a la vez que un dolor punzante le torturaba el brazo, ese dolor que lo había impulsado a dejar de fumar.

Mientras aparcaba junto a la sección de Los Narcisos, donde

vivía Moish, reparó en dos chicos que charlaban y lo miraban con curiosidad ociosa, indiferente. Vestían monos azul oscuro y uno llevaba un gran taladro en la mano. Aarón estaba seguro de que lo habrían reconocido por las fotografías publicadas en la prensa y por sus apariciones televisivas –últimamente se le había visto mucho en la pequeña pantalla–, pero no dijeron nada, y él no supo si atribuir ese silencio a que no lo habían identificado o a que estaban demasiado embebidos en sus asuntos para prestarle atención.

Cuando al mediodía abordó a Dvorka en el comedor, atrincherándose tras su flamante confianza en sí mismo contra el malestar que siempre lo asaltaba al pensar en ella, le sorprendió ver que lo miraba con aire de despecto. Sospechó por un instante que no lo había reconocido. Dvorka esbozó un saludo con la cabeza y le tendió una mano dura y callosa, pero su apretón fue bastante flácido y no le sonrió. Antes de volverse hacia otro lado, le dijo: «¿Qué tal estás?», en un tono que no invitaba a responder, y cuando él aludió a las fiestas del jubileo, Dvorka asintió mecánicamente y echó una mirada en torno suyo como si estuviera muy interesada en encontrar a alguien. Aarón carraspeó y dijo:

–Me gustaría verte más tarde; querría consultarte unas cuantas cosas.

Sólo entonces le dirigió Dvorka aquella mirada luminosa y penetrante que tan bien recordaba y que lo hizo sentirse de nuevo como un niño, absolutamente transparente.

Dvorka lo contempló así durante un rato y, luego, como si ya hubiera hecho una recapitulación de todo lo visto en su interior, respondió:

–Te espero esta noche, si es que vas a quedarte a dormir –Aarón le prometió pasar a verla–. Después de las actuaciones –añadió ella–, cuando hayamos cenado. Tenemos mucho de que hablar.

Aarón asintió sumiso y tragó saliva. Estaban charlando ante el mostrador de los segundos platos, bandejas en mano, aunque Aarón había tenido que dejar la suya para estrecharle la mano a Dvorka; a esas alturas ya se había formado una buena cola tras ellos. Por el rabillo del ojo Aarón vio a Moish junto al surtidor de zumos del rincón, llenando una jarra mientras se inclinaba hacia una mujer a la que escuchaba con atención.

–Hacía mucho tiempo que no venías a vernos –le dijo Froike desde detrás del mostrador–. Hoy estoy de turno de cocina –añaa-

dió en tono de disculpa; aunque tal vez no había pretendido disculparse sino simplemente transmitir una información que Aarón había interpretado como una disculpa.

Dvorka había sido la primera profesora de Aarón en el kibbutz, le había dado clases en sexto. Aarón recordaba su cabello recogido en un moño, con hebras blancas salpicando su trenza morena, el olor a jabón que despedían sus manos, su ropa oscura, su elevada estatura y su voz cargada de pasión. Recordaba que le había corregido cariñosamente cuando la llamó «señorita» y la precisión con que pronunció su nombre, «Dvorká», acentuando la última sílaba. Al verla ahora en el comedor en pleno verano, era como si estuviera oyendo el rumor de sus pisadas en aquellas mañanas frías y lluviosas en que calzaba botas negras de goma, y aún oía la voz pletórica de vitalidad con que les recitaba los poemas de Raquel. Al estrecharle la mano hacía un momento, le había venido a la memoria el vívido recuerdo del horror de las duchas comunes, de la vergüenza que pasaban los chicos y las chicas al tener que vestirse y desvestirse juntos. Recordó también la seguridad con que, en verano, Hadas se enfundaba los pantalones cortos azules rematados por elásticos en sus piernas morenas, aquellos bombachos hechos de una tela tan dura que parecía encerada, y, en invierno, los pantalones largos azules. La ropa limpia y planchada llegaba a la casa infantil en un gran montón donde estaban las escasas prendas que Aarón había llevado consigo al kibbutz. De vez en cuando Uri se ponía la camisa de cuadros de Aarón. Poco a poco, los límites se fueron difuminando y también él comenzó a hacer como los demás y a coger lo primero que encontraba en la pila de ropa limpia sin preocuparse de buscar las prendas que en otro tiempo fueran suyas.

El año en que falleció su padre, durante la Pascua, su hermana mayor, que ya estaba haciendo el servicio militar en una unidad Nájal⁴ asociada al kibbutz, lo había llevado a la secretaría, donde, sin prestar atención a las miradas congraciadoras con que él le rogaba que no lo dejara allí solo, se lo confió a Dvorka y se marchó. La familia de Moish lo adoptó. Después de las clases y del trabajo, Aarón iba a la habitación de Srulke y Miriam, los padres de

⁴ Acrónimo de Noar Jalutzi Lojem (Juventud Luchadora Pionera), una organización de las Fuerzas de Defensa israelíes que combina el servicio militar con trabajos agrícolas en kibbutzim.

Moish. Hasta el día de hoy, el mero hecho de pensar en Srulke le inspiraba reverencial temor e inquietud, una sensación soterrada de incertidumbre y desconcierto, como si hubiera de cumplir determinados requisitos para ser aceptado. Aún hoy no sabía qué requisitos eran aquéllos ni a qué anhelaba pertenecer, pero Srulke, igual que Dvorka, despertaba en él sentimientos de culpa y vergüenza, ira y angustia. En sus viejos tiempos en el kibbutz, Aarón se consideraba el muchacho más desgraciado del mundo, y la sensibilidad pedagógica y los esfuerzos de Dvorka no habían servido para borrar las barreras bien delimitadas que lo separaban de los nacidos en el kibbutz.

Ahora Dvorka no había pronunciado ni una palabra sobre su carrera política y, como siempre, no demostraba interés ni curiosidad. Mirarla a los ojos bastó para que se esfumara el ánimo triunfante y orgulloso con que había llegado al kibbutz. Y también en la habitación de Moish, mientras tomaban café después de comer, volvió a embargarle la inquietud de antaño, como si continuara siendo un niño forastero al que sólo habían aceptado por hacerle un favor a su hermana.

Cuando se marchó del kibbutz lo tacharon de traidor. Lo que había dicho aquel periodista era una burda mentira. No había estudiado a expensas del kibbutz, y así lo había asegurado en una de sus últimas ruedas de prensa. Pero los desmentidos no valían de nada en la vida pública, o al menos eso le decían los expertos. La verdad del asunto era que se había marchado porque él quería estudiar Derecho y la comisión de educación superior le recomendó que esperase su turno y, entretanto, estudiara «algo de lo que les hacía falta en el kibbutz», como economía o ingeniería agrícola. Y también en la sijá le habían pedido que aguardase a que le llegara su turno y entonces «ya se vería».

Su petición fue rechazada casi por unanimidad y Yojeved, una de las kibbutzniks más antiguas, cruzó los brazos sobre su generoso seno y le increpó a grandes voces:

—¿Qué prisa tienes? Los estudios no lo son todo en la vida. Antes de nada, debes pasar unos años trabajando en el kibbutz, eso es lo más importante.

Y Matilda se descolgó con un comentario demoledor:

—Pero si aún no hemos enviado a nuestros propios hijos, que han nacido aquí, a la universidad.

Dvorka le respondió airadamente que se callara y Zeev HaCo-

hen también protestó, e incluso Yehuda Harel, el marido de Dvorka, presente en el kibbutz aquel día aunque pasaba casi todo el tiempo en la ciudad cumpliendo sus funciones de secretario de asuntos externos, responsable de los contactos con el exterior, dijo:

–Eso es totalmente irrelevante; Aarón es tan hijo del kibbutz como cualquier otro.

Pero Aarón sabía que se marcharía a toda costa. Allí las posibilidades le parecían muy limitadas, casi predeterminadas, y él era incapaz de vivir con una visión de futuro tan estrecha.

Cuando notificó sus intenciones en la secretaría, lo mandaron a hablar con Dvorka. Recordaba con todo detalle aquella conversación y sus prolegómenos. Dvorka lo había abordado en el comedor al mediodía para decirle: «¿Por qué no pasas a hablar conmigo más tarde?». Recordaba haber llamado vacilante a su puerta y la eficacia con la que ella preparó café y lo retiró del fuego para que no hirviera, la mano segura con que lo sirvió y partió el bizcocho y dispuso tazas y platos sobre el mantel bordado que cubría la mesa rectangular, el mismo modelo que el kibbutz había distribuido a todos los miembros antiguos para que amueblaran sus cuartos de estar. Aarón tampoco había olvidado la mirada perspicaz y omnisciente que Dvorka le había dirigido cuando él masculló que necesitaba marcharse y que se sentía incapaz de esperar dos o tres años hasta que le llegara el turno, ni la réplica que ella le había dado, comentando que los sacrificios a corto plazo pueden justificar nuestros actos a la larga.

En aquel entonces Aarón no había comprendido a qué se refería, pero en los últimos años, mientras corría de una reunión a otra, tomaba un par de bocados de un insípido pan de pita y unos sorbos de Nescafé con leche en polvo, se apresuraba a acudir a una cita con este o aquel inspector regional de educación o a almorzar con algún periodista especializado en temas de enseñanza, a veces recordaba la preclara intuición que encerraba aquel comentario de Dvorka y trataba de consolarse con la idea de que había sido un estudiante de Derecho notable y un abogado de éxito, y pensaba en su gran piso de Ramat Aviv, fruto de acertados cálculos financieros, y en su nuevo coche con aire acondicionado, que ahora estaba aparcando junto a la habitación de Moish. Tenía anotados todos estos logros, entre otros, en un balance de situación mental para demostrar a los miembros del kibbutz, incluida Dvorka, que no habían sabido apreciarlo en lo que valía.